BROOKSMITH

Henry James

Ahora estamos desperdigados, los amigos del extinto señor Oliver Offord, pero cada vez que nos encontramos por azar pienso que tomamos conciencia de un cierto respeto esotérico entre nosotros. "Sí, usted también ha estado en Arcadia", parecemos admitir sin quejarnos demasiado. Cuando paso ante la casa de Mansfield Street recuerdo que Arcadia estaba allí. No sé quién es ahora su propietario, ni me interesa saberlo; me basta tener la certeza de que si llamo a la puerta no tendré la suerte de que venga a abrirla Brooksmith. El señor Offord, el más agradable, el más encantador de los solteros, era un diplomático retirado que vivía de su pensión, además de algunas propiedades personales; en gran medida confinado a su hogar por sus achaques, le encantaba encontrarse allí en cualquier velada del año, desde las cinco de la tarde en adelante, con los visitantes a los que Brooksmith permitía entrar. Brooksmith era su mayordomo y su amigo más íntimo, con el cual todos estábamos en la misma relación que el súbdito del soberano mantiene con su primer ministro. Por haber sido durante años, en tierras extrañas, el más delicioso inglés que se haya conocido, el señor Offord, en mi opinión, prestó un destacado servicio a su país. Pero supongo que había agradado demasiado -agradado incluso a aquellos a los que no agrada eso- de modo que, como las personas de ese tipo nunca obtienen títulos ni beneficios por las horrosas casas que no han hecho, su principal recompensa era simplemente que fuéramos a verlo.

Ah, íbamos constantemente, y no era nuestra culpa si él no sé sentía abrumado por este particular honor. Todo visitante que iba una vez, volvía; ir solamente una vez era un desaire que nadie, estoy seguro, le había hecho nunca. Por consiguiente, su círculo estaba compuesto esencialmente de habitués, que eran habitués entre sí tanto como para él, como deben serlo los integrantes de un salón feliz. Recuerdo vívidamente cada uno de los elementos del lugar, el paisaje intensamente londinense de las grises casas que podían verse a través de la abertura de las cortinas de las altas ventanas, y el punto exacto donde, durante una velada, dejé mi taza de té para que Brooksmith, deteniéndose un instante, la levantara como quien recoge una flor. La sala de recibimiento del señor Offord era por supuesto el jardín de Brooksmith, su cuidado y podado cantero humano, y si todos florecíamos allí y crecíamos en nuestros lugares eso se debía en gran medida a su supervisión.

Muchas personas han oído mucho, aunque sin duda la mayoría ha visto poco, de la famosa institución del salón, y muchas nacieron para experimentar la depresión de saber que la más bella de las flores de la vida social se niega a abrirse allí donde se habla lengua inglesa. Por lo general, se explica que nuestras mujeres no tienen la capacidad para cultivarla; el arte de dirigir, a través de una tierra sonriente y entre sugestivas costas, una sinuosa corriente de conversación. Mi afectuoso, mi piadoso recuerdo del señor Offord contradice esta inducción sólo, me temo, para confirmarla más

insidiosamente. La pálida y algo humosa sala en la que pasó tan gran parte de los últimos años de su vida merece indudablemente ese distinguido nombre; pero, por otra parte, de ningún modo podría decirse que debe su carácter a alguna intervención que mitigase la ausencia de una señora Offord. Por supuesto, el querido hombre, a lo sumo, había sido capaz de uno de esos sacrificios para los que se considera a las mujeres peculiarmente aptas: había reconocido -es verdad que en alguna medida bajo la influencia de sus dolencias físicas que, si uno desea que la gente se encuentre cómoda en su casa, debe ingeniárselas para no estar afuera. En pocas palabras, había aceptado la verdad que los aficionados al arte social tardan en aprender; que realmente, como ellos dicen, uno debe adoptar una línea, y que el único modo descubierto hasta ahora de estar en casa es permanecer en casa. Por último, la chimenea del señor Offord se había convertido en una síntesis de sus hábitos. ¿Por qué abandonarla?, dado que eso evidentemente hubiera significado abandonar lo que era más agradable en Londres, el compacto grupo encantado (esparciéndose, desde luego, en casuales parejas) en torno de la bella y antigua chimenea del último siglo que, con excepción de la notable colección de miniaturas, era lo mejor que podía encontrarse en el lugar. El señor Offord no era rico; no tenía otra cosa que su pensión y el uso por vida de la casa un tanto envejecida.

Cuando alguna incomodidad del presente me recuerda cuán perfectamente se nos trataba allí, me pregunto una vez más cuál había sido el secreto de semejante perfección. En ese : entonces la dábamos por sentada, pues todo lo que es soberanamente bueno produce más aceptación que sorpresa. Sentía que todos éramos felices, pero no consideraba cómo se había logrado nuestra felicidad. Y con todo había preguntas que hacer, preguntas que me resultan singularmente; obvias ahora que no hay nadie para contestarlas. El señor Offord había resuelto lo insoluble; había conseguido establecer un salón sin ayuda femenina, salvo en el sentido de que las damas se morían por llegar hasta él, y de que él había salvado la vida de más de una. Sin embargo, debería haber supuesto que había un método en su locura, una ley en su éxito. No había ordenado todo por mero azar. Había un arte en todo eso, pero ¿cómo el arte estaba tan oculto? . Si era así, ¿quién era el artista oculto? Iniciando hace unos días esta indagación casi llegué a atrapar la cola de mi respuesta. Me ayudó el mismo carácter asombroso de algunas de las condiciones que volvieron a mi memoria, aquellas condiciones que solían parecer tan naturales como la luz del sol en un bello clima.

¿Cómo, por ejemplo, nunca llegábamos a ser una muchedumbre, nunca demasiados ni demasiado pocos, siempre la gente adecuada con la gente adecuada -en realidad, no debería haber personas inadecuadas- siempre entrando y saliendo sin demorarse en exceso y, sin embargo, jamás llegando o yéndose con una familiaridad indecorosa? ¿Cómo estábamos todos sentados donde queríamos, nos movíamos cuando queríamos nos encontrábamos con quien queríamos y escapábamos de quien queríamos, integrándonos, de acuerdo con nuestra inclinación accidental, al círculo general o conversando con una única persona en un conveniente sofá? ¿Por qué todos los sofás eran tan inconvenientes, los accidentes tan felices, los conversadores tan dispuestos, los oyentes tan interesados, los temas que se le presentaban rotativamente a uno tan rápidamente preordenados como los platos de una comida? Una escasez de temas hubiera sido allí algo tan insólito como un error en el servicio. Estas especulaciones no podían dejar de llevarme a la verdad fundamental de que Brooksmith estaba de alguna manera en el fondo del misterio. Si no había establecido el salón, por lo menos lo llevaba adelante. En pocas palabras, ¡Brooksmith era el artista!

En ese entonces, lo sentíamos secretamente, sin formularlo, y teníamos conciencia, como una comunidad ordenada y próspera, de su justicia pareja, sin ningún tipo de servilismo. En él estaba completamente ausente esa vulgaridad; su toque era infinitamente fino. Su delicadeza se me hizo patente en la primera ocasión en que mis ojos se detuvieron, como' habrían de detenerse tan a menudo, en el sirviente que, bajo la turbia luz de la calle, se mostraba en la abertura de la puerta. Inmediatamente comprendí que, aunque tenía mucha escuela, la sabía llevar sin arrogancia: se había mantenido articulado y humano. L'Ecole Anglaise, solía decir riendo el señor Offord cuando, con el tiempo, más de una vez conversamos acerca de Brooksmith. Pero recuerdo haber acusado al señor Offord de no hacerle completa justicia. No obstante, mi viejo amigo admitía que Brooksmith no era uno de los gigantes de la escuela, y realmente lo comprendía a la perfección y estaba entregado a él, como lo mostraré más adelante. La importancia de su altura era algo que sin duda el mismo Brooksmith había sentido, a su costa, cuando se determinó por primera vez su valor en el mercado. La utilidad de su clase en general es estimada en metros y centímetros, y el pobre Brooksmith sólo podía poner en circulación un metro y cincuenta y siete centímetros. Reconocía la impropiedad de esta

medida, y estoy seguro de que estaba compenetrado del valor perdurable de la relación entre servicio y estatura. Si él hubiera sido el señor Offord, hubiera encontrado a Brooksmith inadecuado, y desde luego la flexibilidad de su empleador en este sentido era una de las muchas cosas que debía perdonar y a las cuales había terminado por adaptarse indulgentemente.

Recuerdo que el anciano me decía:

-Oh, mis servidores, si pueden vivir conmigo quince días, pueden vivir para siempre. Pero lo difícil es la primera quincena.

Por supuesto, en la primera quincena Brooksmith había aprendido que estaba expuesto a que se lo llamara "mi estimado muchacho" y "mi pobre niño". Esa prueba debe de haber sido para él extraña y profunda, e indudablemente había salido de ella templado y purificado. En cierta medida, eso estaba escrito en su apariencia; en su enjuta y activa persona, en su impenetrable rostro pálido y en sus cabellos extraordinariamente cuidados, que hablaban de responsabilidad, pareciendo que mantenían el mismo alto nivel que la platería; en sus pequeños ojos ansiosos y claros y en el permitido, aunque no estimulado, mechón de pelos de su barbilla.

-Piensa que estoy bastante loco, pero lo he convencido y ahora le gusta el lugar, le gusta la compañía -dijo el anciano. Comprendí esto cabalmente luego de descubrir que la principal característica de Brooksmith era un profundo y sagaz refinamiento, aunque recuerdo que quedé bastante asombrado cuando, en una ocasión, el señor Offord señaló:

-Lo que le gusta es la charla. Mezclarse en la conversación-. Recordaba que nunca había visto a Brooksmith permitirse esa libertad, pero un momento después supuse que el señor Offord aludía a una participación más intensa de lo que cualquier palabra hubiera representado: la de estar perpetuamente presente con un centenar de pretextos, recados, necesidades legítimas, y respirar la misma atmósfera de crítica, la famosa crítica de la vida.

-Una buena educación, señor, ¿no es así, señor? -me dijo una vez 'al pie de la escalera cuando me abría las puertas para que saliera, y siempre he recordado esas palabras y el tono en que las dijo como el primer signo del inminente drama del destino del pobre Brooksmith. Por supuesto, eso era educación, ¿pero para qué había sido educado este sensible joven de treinta y cinco años, de la clase servil?

Práctica e inevitablemente, en ese entonces servía para la compañía, para la perpetua, e incluso exagerada, exhortación y llamada de una persona que se había visto llevada a la dependencia por su edad y sus enfermedades, y además siempre afecta -ésa era la exageración- al arte de dar a los demás el placer de que hicieran cosas para él. El señor Offord era capaz de manifestar que le gustaba que uno hiciera ciertas cosas aun cuando no le gustara; esto, quiero decir, si pensaba que a uno le gustaba hacerlas. Si sucedía que a uno tampoco le gustaba hacerlas -lo que, aunque fuera raro, podía ocurrir, por supuesto había entrechocamientos, pero Brooksmith allí para evitar que fueran demasiado lejos.

Era precisamente así que actuaba de moderador; evitaba las incomprensiones o las aclaraba. Por más extraño que parezca, para cumplir esta función había llegado a adquirir alguna comprensión de la lengua francesa, usada a menudo en casa de Offord, pues además de ser familiar a la mayoría de los extranjeros, y los había muchos, que visitaban el lugar o llegaban con cartas -cartas que a menudo requerían algo de preocupada consideración, de lo cual Brooksmith siempre tenía conciencia- realmente se había convertido en la principal lengua del amo de la casa.

No sé si todos los *malentendus* eran en francés, pero casi todas las explicaciones lo eran, y esto no impedía para nada que Brooksmith las siguiera. Sé que el señor Offord solía leerle pasajes de Montaigne y Saint-Simon, pues él leía constantemente cuando estaba solo -es decir, cuando ellos estaban solos- y Brooksmith siempre andaba cerca. Quizás se dirá que no es asombroso que el mayordomo considerase al señor Offord "bastante loco". No obstante, si no estoy, seguro de lo que pensaba acerca de Montaigne, estoy convencido de que admiraba a Saint-Simon. El mero manejo de los libros de su amo, que siempre estaba llevando de aquí para allá y colocando en sus lugares, debía de haber despertado en su espíritu una cierta sensibilidad para las letras.

A menudo observé que si se decía una anécdota o una cita, y mucho más si se trataba de una vivaz discusión, ocupado con el fuego, las cortinas, la lámpara o el té, hallaba un pretexto para permanecer en la sala hasta que se llegara al punto final. Si su propósito era escucharla, distraerlo no era discreto -de hecho, apenas era humano-, y nunca olvidaré una mirada, una dura mirada pétrea, que un día en que había muchas personas en la sala lanzó sobre el lacayo que lo ayudaba y que, en voz

baja, le había hecho alguna pregunta insignificante. Luego comprendí que el señor Offord estaba relatando una anécdota muy extraña relacionada con la vida de Byron en Italia, que quizás nunca había contado antes y que le había transmitido un testigo visual del hecho. Nada en el mundo me induciría a repetirla aquí, pero Brooksmith había estado en peligro de perderla. Si alguna vez me aventuro a repetirla, sentiré cuánto pierdo por no tener a mí oyente como referencia.

En consecuencia, el primer día en que la puerta del señor Offord estuvo cerrada fue una fecha oscura para la historia contemporánea. Llovía torrencialmente y mi paraguas estaba mojado, pero Brooksmith me lo recibió exactamente como si fuera un acto preliminar para subir las escaleras. No obstante, observé que, en lugar de llevarlo a otra parte, lo mantuvo balanceándolo mientras goteaba sobre la alfombra, y luego tuve conciencia de que me estaba mirando con ojos de profundo reconocimiento, con su aire de responsabilidad universal. Inmediatamente comprendí que había escasa necesidad de preguntas y respuestas entre nosotros. Cuando me di cuenta que nuestro viejo amigo por primera vez había renunciado a recibir, aunque se tratara solo de una vez, exclamé con dolor:

-¡Cómo cambiará todo... y para cuántas personas!

-¡Yo seré una de ellas, señor! -dijo Brooksmith, y ese fue el comienzo del fin. # El señor Offord volvió a bajar, pero el encanto estaba roto, y el síntoma principal fue que la conversación, por primera vez, carecía de dirección. Vagaba y tropezaba, un tanto asustada, como un niño perdido; había perdido la mano de la institutriz.

-Lo peor es que ahora hablaremos acerca de mi salud... *c'est la fin de tout* -dijo el señor Offord cuando reapareció, y entonces reconocí qué señal de cambio sería esa pues él nunca hubiera tolerado nada tan provinciano. "Recurríamos" a la salud de cada uno tan poco como al estado del tiempo. Ahora la conversación se volvió nuestra, en una palabra, no de él; y por ser nuestra, incluso cuando él hablaba, sólo podía ser inferior. En esta forma, fue una desesperación para Brooksmith, que dejó de prestarle atención por completo: tenía de las condiciones íntimas de su amo una visión mucho más precisa de lo que representaban nuestras superficialidades. Hubo mejores horas, y él entró y salió más del salón, pero pude observar que tenía conciencia de la declinación, casi del colapso, de nuestra gran institución. Parecía que deseaba hablar conmigo al respecto, sentirse responsable de lo que ocurría de una u otra manera. Cuando en el segundo período, el primero había durado varios días, debí decirme que su amo no recibía, en cierta medida esperé oírle decir, después de un momento:

-¿Piensa que yo debo hacerlo, señor, en lugar de él? -así como al principio del otoño me hubiera preguntado si consideraba conveniente encender el fuego de la sala.

Tenía un resignado sentido filosófico de lo que esperaban sus huéspedes; nuestros huéspedes, como llegue a verlos en nuestras conversaciones. Sentía que de ningún modo se hubiera aprobado a sí mismo como sustituto del señor Offord, pero estaba tan saturado por la religión del hábito que hubiera podido hacer, para nuestros amigos, el necesario sacrificio a la divinidad. Pienso que también lo vi enfrentarse mentalmente con la oportunidad de imponer -por una vez en su vida- algunas de sus calladas preferencias, sus limitaciones de simpatía, seleccionando un poco en el futuro y volviendo a una tradición más pura. No desconocía a el hecho de que consideraba que, hacia el fin de la carrera de nuestro anfitrión se había deslizado un cierto descuido en la selección.

Por último, todos encontramos la puerta cerrada más a menudo que abierta, pero, aun cuando estaba cerrada; Brooksmith se las ingeniaba para entreabrirarla y hacerme pasar, de modo que, prácticamente, nunca me volví sin haber hecho una visita. La diferencia simplemente residía en que era a Brooksmith a quien visitaba. La conversación tenía lugar en el hall, en el familiar pie de la escalera, y no nos sentábamos, o por lo menos Brooksmith no lo hacía; además, se ocupaba sólo de un tema y siempre daba la impresión que todo había ocurrido ya, de comenzar, por así decirlo; por el final. Es verdad que el tema de mi meditación era siempre el mismo, siempre. "Todo está muy bien, ¿pero qué se hará de Brooksmith?" Incluso mi respuesta privada a esta pregunta me dejaba insatisfecho. Indudablemente, el señor Offord le dejara algo, pero ¿qué le dejaría?... esa era la cuestión. No podía proporcionarle sociedad y la sociedad se había convertido en una necesidad para el carácter de Brooksmith. Debo agregar que ésta nunca mostró un síntoma de lo que puedo llamar sordida solicitud o preocupación por sí mismo. Estaba más bien lívido e intensamente serio, como corresponde a un hombre ante cuyos ojos pasaba "la sombra de lo que una vez fue grande". Tenía la solemnidad de una persona que, en circunstancias deprimentes, cierra una antigua y prestigiosa empresa; era una especie de ejecutor social. Pero sus modales parecían testificar exclusivamente la incertidumbre de nuestro futuro. En aquellos días yo no podía haberlo empleado -vivía en dos cuartos

sobre Jermyn Street y no "tenía un servidor" pero, incluso si mis ingresos me lo hubieran permitido, no me hubiera atrevido a decirle a Brooksmith (emulando al señor Offord) : "Mi estimado muchacho, yo lo empleo". Todo el tono de nuestra conversación indicaba que era yo quien más necesitaba una ayuda. Desde luego, en la actitud de Brooksmith había como una tácita garantía de que me tendría en cuenta.

Lady Kenyon había sido uno de los miembros más asiduos de nuestro círculo, y recuerdo que un día Brooksmith me dijo que la dama, a pesar de sus propias enfermedades, que luego se agravaron mucho, había ido en persona para preguntar por el estado del señor Offord. En respuesta a esto, dije que ella lo sentiría más que nadie. Brooksmith hizo cierta pausa antes de decir en cierto tono (no hay forma de reproducir algunos de sus tonos).

-Iré a verla -yo mismo fui a verla, y supe que había ido Brooksmith a presentarle sus respetos, pero cuando le dije, como una broma, aunque con un fondo de seriedad, que cuando todo hubiera terminado algunos de nosotros deberíamos combinarnos, volver a encontrarnos, para lograr que Brooksmith se estableciera por su propia cuenta, me contestó un poco decepcionantemente:

-¿Quiere decir en un salón público?

La miré de un modo que creo que el propio Brooksmith hubiera aprobado, y después contesté.

-Sí, el Offord Arms.

Por supuesto, lo que quería decir es que, por amor al arte mismo, debíamos ocuparnos de que no se desperdiciara una facultad tan peculiar y tanta experiencia adquirida. Realmente pienso que si hubiéramos hecho imprimir y circular unas pocas cartas de borde negro -"El señor Brooksmith continuará recibiendo en la antigua casa de cuatro a siete; las cosas se desarrollarán como de costumbre"- la mayoría de nosotros hubiera ido.

Brooksmith me llevó varias veces hasta arriba, y nuestro querido y viejo amigo, en cama (en una extraña casaca floreada y con brocado que lo hacía aparecer ante mi imaginación, especialmente por tener la cabeza envuelta en un pañuelo, como a Voltaire agonizante) mantuvo durante diez minutos un pequeño salón tristemente disminuido. Por supuesto, todas las veces me sentí como si estuviera ante el último coucher de algún soberano social. Se mostraba regiamente caprichoso respecto de sus sufrimientos y -como si hubiera una Constitución que considerara el caso- completamente desprecupado por su sucesor. Se deslizaba encantadoramente sobre nuestros sufrimientos, y ninguna de sus bromas eran a nuestra costa, lo que representaba una amable abstención, pues algunas hubieran sido muy fáciles de hacer. Una u otra vez, lo admito, hacía una broma a costa de Brooksmith, pero de modo tan patéticamente sociable como para hacer que el excelente hombre me mirara de una manera que parecía decir: "Cambie una mirada conmigo o no podré soportarlo". Lo que no hubiera podido soportar no era lo que el señor Offord decía respecto de él, sino lo que él no podía decir en respuesta. Su idea acerca de la conversación era darle a uno la oportunidad de hablarle cómodamente a él, y cuando fue a "ver" a lady Kenyon lo hizo para llevarle el tributo de su receptivo silencio. ¿Dónde hubiera quedado la conversación de sus mejores si el servicio apropiado hubiera sido una manifestación de sonido? En ese caso, la diferencia fundamental se hubiera manifestado en la tontería de ellos, y muchos, pobres cosas, eran ya suficientemente tontos sin que eso ocurriera. Brooksmith tenía un infatigable interés en que se preservara la diferencia fundamental; eso era lo que más tenía en su mente.

¿Qué se hizo de ello, no obstante, cuando el señor Offord pasó a mejor vida como cualquier persona inferior, cuando fue relegado a la eterna quietud, a la manera de un mayordomo situado escaleras arriba? Puede imaginarse la apariencia de Brooksmith en esa circunstancia -durante varios días sucesivos-, así como la multiplicación, por observancia del luto, de las cosas que no dijo. Cuando todo hubo pasado -fue a última hora de ese mismo día- golpee a la puerta de la casa enlutada como lo había hecho antes tan a menudo. Ya no podría llamar para visitar al señor Offord, pero había ido literalmente a visitar a Brooksmith. Quena preguntarle si había algo que podía hacer por él, con toda la vaguedad, que esta pregunta debía necesariamente tener. Ya había abandonado mi presuntuoso sueño de tenerlo a mi servicio: mi servicio no merecía contar con él. Sólo podía ofrecerme para ayudarlo a encontrar otra colocación y, pese a todo, eso era una falta de delicadeza, pues daba por sentado que sus pensamientos se habían concentrado inmediatamente en la búsqueda de otro amo. Tenía la esperanza de que pudiera dar a su vida - una forma diferente; aunque no precisamente la forma, resultado frecuente de esas desgracias, de establecer un pequeño comercio. Eso hubiera sido terrible: aunque hubiera querido apoyar cualquier empresa en la que hubiera querido embarcarse,

¿cómo hubiera soportado el pagarle chelines y recibir sobres sobre un mostrador? Por consiguiente, mi visita fue simplemente un cumplido. La tomó como tal, agradecido y con todo el tacto del mundo. Yo sabía que realmente no podría ayudarlo, y también sabía que él sabía que no podría; pero analizamos la situación -con mucho de esa elegante generalidad- al pie de las escaleras, en el hall ya desmantelado, donde tan a menudo había tratado otras situaciones con él. Los ejecutores estaban en acción, como resultó aún más evidente cuando me hizo pasar por unos pocos minutos al comedor, donde varios objetos eran envueltos para ser trasladados.

No obstante, tenía para comunicarme dos hechos definidos: uno era que debía dejar la casa para siempre esa noche (los servidores, por alguna extraña razón, siempre parecen partir por la noche), y el otro -lo mencionó sólo al final y tras vacilar- que ya sabía que su extinto amo le había dejado un legado de ochenta libras.

-Me alegro mucho -dije, y Brooksmith pensaba lo mismo.

-Fue muy generoso de su parte pensar en mí.

Eso fue todo lo que dijimos al respecto, y nada sé acerca de su juicio sobre el recuerdo del señor Offord. Ochenta libras son siempre ochenta libras, y nunca nadie me ha dejado a mí semejante suma; pero, a pesar de todo, en cuanto a Brooksmith, yo estaba decepcionado. No sé lo que esperaba, pero la noticia fue casi un golpe para mí. Con ochenta libras podía abastecer un pequeño comercio... un muy pequeño comercio. Sin embargo, lo repito, no podía soportar el pensar en eso. Pregunté a mi amigo si había podido ahorrar un poco.

-No, señor, tuve que hacer cosas -me contestó.

No le pregunté de qué cosas podría tratarse; eran asunto de él, y -las acepté como si hubiera tenido que encargarse de mantener la grandeza de una antigua casa, especialmente porque en su modo de hablar había algo que parecía transmitir la perspectiva de mayores sacrificios.

-Tendré que hacer algunas cosas, señor. Debo preocuparme por mí -dijo, y luego agregó indulgentemente, con magnanimidad-. Si por casualidad oye hablar de algo para mí...

No podía dejarlo terminar; en esencia, eso era realmente demasiado a la gran manera. Para sacarlo de mi mente hubiera sido una gran ayuda hallarme en posición de pretender que pude encontrarle la colocación adecuada, y ésa era la ayuda que él quería darme, pues sin duda para él era doloroso verme en una situación tan falsa. Interpuse unas pocas palabras diciendo hasta qué punto tenía conciencia de que allí donde fuera, cualquier cosa que hiciera, extrañaría terriblemente a nuestro viejo amigo, lo extrañaría aun más que yo, tras haber mantenido con él un contacto tanto más íntimo. Esto lo llevó a decir esas palabras que para mí permanecieron como el mismo texto de todo el episodio.

-Ah, señor, es triste para usted, muy triste por cierto, y para muchos caballeros y damas; así es, señor. Pero, para mí, señor, es, si puedo decirlo así, aún más grave que eso; es la pérdida de algo que lo era todo. Para mí, señor -continuó con crecientes lágrimas-, él lo era todo, si comprende lo que quiero decir, señor. Usted tiene otros, señor, me atrevo a decir, no hablo de ellos, señor, como si de algún modo fueran equivalentes. Pero usted tiene los placeres de la sociedad, señor; si sólo pudiera hablar acerca de él, señor, como me atrevo a decir que ustedes lo hacen libremente, con caballeros y damas que han tenido el mismo honor. Pero eso no es para mí, señor, y debo tenerme a mí mismo como toda compañía. El señor Offord era mi sociedad, y ahora, usted ve, no tengo ninguna. Usted vuelve a la conversación, señor, después de todo, y yo vuelvo a mi lugar -Brooksmith tartamudeó, sin exagerada ironía ni dramática crudeza, pero con una llana veracidad no deliberada y su mano sobre el picaporte de la puerta de calle. La abrió para dejarme paso y agregó-. Bajaré por las escaleras, señor, una vez más, y permaneceré allí.

-Mi pobre niño -contesté emocionado; igual que solía hablar el señor Offord- mi querido muchacho, deje eso a mí; nosotros nos haremos cargo de usted, todos haremos algo por usted.

-¡Ah!, si usted pudiera darme a alguien como él! Pero no hay dos como él en el mundo -dijo Brooksmith mientras nos separábamos.

Me había dado su dirección; el lugar a través del cual podía comunicarme con él. Durante mucho tiempo no tuve oportunidad de hacer uso de la información; Brooksmith resultó ser un caso muy difícil. Las personas que lo conocían y habían conocido al señor Offord no querían tomarlo, y sin embargo yo no podía soportar la idea de lanzarlo entre extraños, extraños para su pasado cuando no para su presente. Hablé por él a muchos de nuestros viejos amigos y los encontré a todos dominados por la extraña mezcla de sentimientos de la cual yo mismo era consciente, así como dispuestos,

además, a abrigar la sospecha de que estaba "arruinado", ante la cual yo nada podía hacer. Para decirlo francamente, sentían cierto embarazo, cierta incomodidad, cuando pensaban en usarlo como sirviente... tan a menudo lo habían encontrado en sociedad. Muchos de ellos le hubieran pedido, o me pidieron a mí, o más bien me pidieron a mí que le pidiera a él, que fuera a verlos, pero lo que yo deseaba para él no era una mera lista de visitas. Su altura era demasiado escasa para las personas muy exigentes; no obstante, me enteré de una vacante en casa de un diplomático que me llevó a escribirle una nota, aunque lo que buscaba para él era mucho menos algo grande que algo humano. Cinco días después tuve noticias de él. La esposa del secretario había decidido, tras hacerlo esperar hasta entonces, que no podía tomar un sirviente de una casa en la cual no había una dama. La nota tenía una post-data: "Hubiera sido un buen trabajo, señor, si no hubiera damas de un cierto tipo".

Una semana más tarde vino a verme y me contó que estaba "acomodado", empleado por algunas personas sumamente respetables -eran algo de inmensa importancia en la City- que vivían sobre el lado del Park cercano a Bayswater.

-Me atrevo a decir que será una cosa bastante pobre, señor -admitió-, pero he visto los fuegos artificiales, ¿no es así, señor?... no puede haber fuegos artificiales todas las noches. Luego de Mansfield Street no queda mucho que elegir -no obstante, parecía haber algo que elegir, pues al año siguiente, al llamar un día a la puerta de la casa de una prima del campo, una dama de cierta edad que estaba pasando quince días en la ciudad con algunos amigos, una familia que yo no conocía y que vivía en Chester Square, la puerta de la casa fue abierta, para mi sorpresa y satisfacción, por el mismo Brooksmith. Cuando salía intercambié algunas palabras con él, de las cuales pude colegir que la importante gente de la City le había resultado demasiado aburrida como para soportarla, y supuse, aunque él no dijo, que también la había encontrado vulgar. No sé qué juicio le hubieran merecido sus patrones de entonces si mi parienta no hubiera sido amiga de ellos, pero en vista de esa relación se abstuvo de hacer comentarios.

No era necesario, sin embargo, pues antes de que la dama en cuestión terminara su visita, ellos me hicieron una invitación a comer, que yo acepté. Era una gran reunión, pero confieso que pensé en Brooksmith más que en quienes estaban sentados alrededor de la mesa. Estos no requerían demasiada atención, todos podían reducirse a los habituales tipos irredimibles e inevitables. Era el mundo del alegre lugar común, la concienzuda gentileza y la próspera tontería, un mundo insular, material y bien alimentado, un mundo de horrible vajilla florida, tedioso orden e insulsa conversación. No se dijo una palabra acerca de Byron, y ni siquiera acerca de un bardo menor que entonces estaba en el tapete. Nada me hubiera inducido a mirar a Brooksmith durante la comida, y estoy seguro de que ni siquiera el hecho de que hubiera volcado mi vino lo habría inducido a encontrarse con mi mirada. Teníamos una simpatía intelectual; sentíamos, uno respecto del otro, una cierta dosis de responsabilidad social. En pocas palabras, habíamos estado en Arcadia juntos, ¡y los dos habíamos llegado al eso! No debe sorprender que tuviéramos vergüenza de enfrentarnos. Cuando al partir me ayudaba a ponerme el tapado, por primera vez desde los primeros días de Mansfield Street, nos separados en silencio. Pensé que se lo veía flaco y desmejorado, y supuse que este nuevo lugar no era más "humano que el anterior. Había mucha carne y cerveza, pero no había reciprocidad. La pregunta que debía hacer antes de aceptar un puesto no era. ¿Cuántos sirvientes hay?", sino "¿Cuánta imaginación?".

La siguiente oportunidad en que fui a la casa -confieso que no fue muy pronto- encontré a su sucesor, un personaje que evidentemente gozaba de la buena fortuna de no haber abandonado nunca su nivel natural. ¿Puede alguien estar más alto?, parecía preguntar por encima de las cabezas de tres sirvientes e incluso de algunos visitantes. Me hizo sentir como si Brooksmith hubiera muerto, pero no me atreví a preguntar; no hubiera soportado su: "No tengo la menor idea, señor". Envié una nota a la dirección que Brooksmith me había dado luego de la muerte del señor Offord, pero no recibí respuesta alguna. De todos modos, seis meses más tarde recibí la visita de una persona de edad y tristemente sucia que se me presentó como la tía del señor Brooksmith y gracias a la cual supe que él estaba sin colocación, mal de salud y que le habla permitido a ella venir a decirme que consideraría un honor fuera de lo común el que yo dedicase media hora a ir a verlo.

Fui al día siguiente -su mensajera me había dado una nueva dirección- y encontré a mi amigo alojado en una sórdida y pequeña calle de Marylebon, una de esas esquinas de Londres que son la última expresión de la enfermiza mezquindad. El cuarto que se me mostró estaba encima del pequeño establecimiento de un tintorero que había inflado guantes de niño y descoloridos chales en el frente de

su negocio. Había mucha sucia vida infantil en todo el lugar, y un aroma cálido y húmedo en el interior, como el de ropas sucias "hervidas". Brooksmith estaba sentado con una alfombra sobre sus piernas bajo una limpia ventanita, detrás de cuyas cortinas rígidas y de un color blanco azulino, veía a través de la calle los comercios de un vendedor de baratijas, un hojalatero y una mugrienta casa pública. Había estado enfermo y estaba convaleciente, y su madre, junto con su tía, lo atendían. Me agradó la madre, que era suave y muy humilde, pero tenía mis dudas respecto de la tía, a la cual vinculé quizás injustamente con la casa pública de enfrente -de algún modo parecía mugrienta de la misma mugre-, y cuyos ojos furtivos seguían cada movimiento de mi mano como si esperara que las llevase a mis bolsillos. No tomaron esa dirección; no podía, si no me lo pedían, tomarme ese tipo de familiaridad con Brooksmith. Varias veces se abrió la puerta del cuarto, y misteriosas viejas se asomaron y volvieron a desaparecer. No sé quiénes eran; el pobre Brooksmith parecía rodeado de vagas mujeres husmeadoras.

El mismo se veía vago, evidentemente débil y muy incómodo, y no hicimos ni siquiera una alusión a Mansfield Street. La visión del salón del cual había sido ornamento, de todos modos estaba suficientemente presente ante mis ojos como contraste. Me aseguró que realmente estaba mejorando, y su madre observó que saldría con que sólo se le levantara el ánimo. La tía repitió esta opinión, y me sentí más seguro de que, en su propio caso, sabía cómo lograr semejante propósito. Temo que haya estado bastante poco fuerte con mi viejo amigo, pues deseché la oportunidad, tan excepcionalmente buena, de retarlo por la ligereza con que había abandonado excelentes posiciones, empleos buenos, bien pagados y estables en Bayswater y Belgravia; uno de ellos, según sabía, con oraciones matinales. Muy probablemente, las razones de su conducta habían sido profanas y sentimentales; no quería oraciones matinales, quería ser el querido muchacho de alguien, s; pero yo no era la persona indicada para regañarlo. El dejó de lado estos episodios; comprendí que no tenía deseo alguno de considerarlos. Observé además, de modo bastante extraño, que probablemente sería para él un cuestionable placer el volverme a ver: ahora dudaba incluso de mi capacidad para perdonar sus aberraciones. No quería tener necesidad de dar explicaciones, y era probable que en el futuro su comportamiento necesitara explicaciones. Cuando me despedí, me miró por un momento con ojos que decían todo: ¿Cómo puedo hablar acerca de esos años exquisitos en este lugar, ante estas personas, mientras las viejas meten las narices para husmear? Ha sido muy bueno de su parte el venir a verme; no era mi idea... ella lo trajo. Nosotros hemos dicho todo; está terminado; usted perderá la paciencia conmigo, y yo preferiría que usted no viera el resto". Le envié algún dinero en una carta al día siguiente, pero vi el resto sólo- a la luz de una estéril secuela.

Un año después de mi visita, observé, mientras comía, que Brooksmith era uno de los varios sirvientes que giraban en torno de nuestras sillas. No me había abierto la puerta para que entrara, ni yo lo había reconocido en el grupo de sirvientes que estaba en el hall. Esta vez traté de que se encontraran nuestras miradas, pero él no lo permitió, y cuando me alcanzó un plato lo único que pude hacer fue darle las gracias audiblemente. Por cierto, acepté las dos entradas -de las que tenía mis dudas, luego convertidas en certidumbres- a fin de no desairarlo. Parecía bastante bien de salud, y mostraba en un grado excepcionalmente marcado la máscara pulida y sin expresión del sirviente británico de rase. Observé con tristeza que, de no haberlo conocido, al ver su aspecto lo habría tomado por una ilustración extravagante de la oscura e insensible servidumbre. Me dije que se había convertido en un reaccionario, transformado a los filisteos, dado a la religión, la religión de su lugar", como una dama extranjera *sur le retour*. Además, supuse que estaba empleado sólo por la noche, se había convertido en un mero mozo, se había integrado a la banda de los hombres de casaca blanca que "se van". Había algo patético en este hecho, era una terrible vulgarización de Brooksmith. Era la prosa mercenaria de la mayordomía; había cejado en su lucha por la poesía. Si lo que había extrañado era la reciprocidad, ¿dónde estaba & hora la reciprocidad? Sólo en los restos de los vasos de vino y en los cinco chelines -o lo que recibiera- que dejaba en sus manos el empleado permanente. No obstante, supuse que había adoptado una rama precaria de su profesión porque, después de todo, lo hacía descender menos. Sus relaciones con la sociedad londinense eran más superficiales, pero por su- ' puesto más variadas. Mientras me iba, lo busqué ansiosamente entre los cuatro o cinco sirvientes cuyas personas perpendiculares, acanalando los corredores londinenses, se supone que lubrican el proceso de la partida, pero él no estaba allí. Le pregunté a uno de los otros si no estaba en la casa, y recibí la pronta respuesta:

-Acaba de irse, señor. ¿Puedo hacer algo por usted, señor?

Hubiera querido decir: "Por favor, déle mis saludos", pero me abstuve, no quería comprometerlo, y nunca volví a encontrarme con él.

Una y otra vez, mientras comía, lo busqué, a veces aceptando invitaciones con el propósito de multiplicar las oportunidades de encontrarlo. Pero siempre en vano; de modo que, como me encontré con muchos otros miembros de esa clase casual una y otra vez, finalmente adopté la teoría de que siempre procuraba una lista de invitados de antemano y se mantenía alejado de los banquetes en los que sabía que yo estaría presente. Finalmente abandoné toda esperanza, y un día, tres años después, recibí una visita de su tía. Estaba más alicaída y desmejorada, casi escuálida, y pasaba por grandes tribulaciones y necesidades. Su hermana, la señora Brooksmith, había muerto hacía un año, y su sobrino había desaparecido tres meses más tarde. El siempre la había ayudado un poco -dado sus problemas; nunca supe cuáles habían sido los problemas de ella- y ahora no tenía ni siquiera faldas que empeñar. También tenía una sobrina, para la cual ella había sido todo antes de que llegaran sus problemas, pero la sobrina la había tratado de la manera más vergonzosa. Estos eran detalles; el hecho grande y romántico era la evasión final de Brooksmith de su destino. Como de costumbre, una tarde se había ido a trabajar de mozo, con una blanca casaca que ella le había hecho con sus propias manos; debía ir a una gran reunión sobre el camino de- Kensington: Pero nunca había vuelto a su casa ni llegado a la reunión, ni a ninguna reunión que uno pudiera imaginar. No se había encontrado ningún rastro de él, ni ningún resplandor de la blanca casaca había brillado en la oscuridad de su suerte. Estas noticias fueron un duro golpe para mí, pues tenía mis ideas acerca de cuál había sido su verdadero destino. Su anciana pariente, según dijo, había supuesto rápidamente lo peor. De algún modo y en alguna parte se había salido del ; camino por completo, y ahora confío que, con característica de liberación, le está cambiando los platos a los dioses inmortales. Como también dijo mi deprimente visitante, nunca había recobrado su ánimo. Por fortuna, pude despedirla a ella con el ánimo algo mejorado. Pero uno de los fantasmas que veo es el oscuro espectro del pobre Brooksmith. Por cierto, se había arruinado.